

Memoria viva del 27¹

Luis García Montero: Durante estos días, a lo largo de las sesiones de trabajo del congreso dedicado a la generación del 27, hemos tenido ocasión de profundizar en la actividad literaria y cultural española de los años anteriores a la Guerra Civil. Ahora tenemos el privilegio de contar con la presencia y los recuerdos de algunos de los protagonistas más significativos de aquella época. Rafael Alberti, Francisco Ayala y Rosa Chacel, escritores de obra y personalidad muy sólidas, perfectamente conocidos por todos nosotros, están acompañados hoy por José Bello, uno de los protagonistas más famosos de aquellos años míticos de la Residencia de Estudiantes, capitán de mil anécdotas, amigo de García Lorca, de Buñuel, de Dalí. Vamos a entablar un diálogo recordando aquella época. Memoria viva del 27, memoria literaria y también anecdótica, porque la mezcla animada y juvenil de la literatura con la vida simboliza muy bien lo que fue aquella generación. Tenemos la suerte de asistir a una mesa redonda de lujo, un acto de gala para clausurar este congreso. Quizá lo más útil sea empezar con una intervención corta de cada uno de los miembros que componen la mesa.

Francisco Ayala: En este congreso se han oído magníficos estudios de la generación del 27. Lo que se nos pide a nosotros es que demos un testimonio vivo de lo que fue aquella época, ese privilegio de poder hablar de cosas vividas. Por lo que a mí se refiere, voy a relatar la experiencia de mi acercamiento al mundo literario, la experiencia de mi relación con algunos compañeros de generación. Hay que tener en cuenta, para empezar, que este concepto de «generación» es muy controvertido. Yo creo que es un concepto real y firme, pero es necesario utilizarlo con flexibilidad. Yo me siento pertenecer y no pertenecer a esta generación. Mi afición a la literatura comenzó en la infancia, en mi ciudad natal. En casa teníamos una buena biblioteca y yo leía desde pequeño. Cuando tenía 16 años y se trasladó mi familia a Madrid, ya había intentado yo escribir, había escrito bastante, aunque no tenía nada publicado. Empecé a publicar en cuanto llegué a Madrid, pero no tenía conocimiento de la literatura contemporá-

¹ La mesa redonda se celebró en el Puerto de Santa María, el 16 de diciembre de 1990. La versión definitiva de las intervenciones transcritas corresponde a Luis García Montero.

nea. Es decir que en mis lecturas yo apenas me había asomado al modernismo. Y cuando llego a Madrid, en el año 1920, la situación de la literatura era muy distinta, porque hasta el vanguardismo estaba periclitando. Mi aproximación a los círculos literarios tuvo lugar a través de Melchor Fernández Almagro, paisano mío y amigo de mi familia desde siempre. En su libro *Viaje al siglo XX*, Fernández Almagro habla de toda mi familia, y a mí me solía decir «yo te conozco desde que naciste» porque era mayor que yo, me llevaba ocho años, y cuando nació éramos vecinos, su familia vivía en un piso contiguo al de la mía. En Madrid, donde él estaba ya establecido y contaba con una posición de prestigio como crítico, me presentó a personas del mundo literario.

En 1920 la vanguardia ya estaba prácticamente pasada y asomaban nuevas tendencias juveniles. Esos primeros años de mi residencia en Madrid fueron para mí de una lectura insaciable y pasaba el día leyendo todo lo que no había conocido antes. Respecto a mis relaciones con la vanguardia, conocía a Guillermo de Torre, que ya estaba dispuesto a marcharse a París. Había publicado un libro de poemas, *Hélices*, del que muchos se burlaron, un libro vanguardista que él mismo repudió. Yo entonces no conocía ese libro. Los libros tenían ediciones muy cortas. Lo cierto es que cuando después traté a Guillermo de Torre en Buenos Aires, comprobé que sus hijos se burlaban de él por ese libro. Sin embargo, cuando cayó en mis manos, estando yo en la Universidad de Chicago, lo leí y me pareció que era muy estimable, nada desdeñable. Pero entonces ya Guillermo de Torre había desaparecido y el movimiento ultraísta que capitaneó estaba liquidado. Quédaban restos, restos de lo que representaba la figura de Rafael Cansinos-Asséns, que no participó activamente como escritor en la vanguardia, porque su estilo tiene otras características, pero que fue un patrocinador y un animador vanguardista. Yo me sumé un poco a ese séquito de Cansinos-Asséns, que estaba acompañado por algunos poetas jóvenes, poetas que luego no hicieron gran cosa. Sin dejar una obra perdurable, aquel movimiento tuvo unos efectos de clarificación del ambiente.

En aquel movimiento participaban dos poetas que eran hermanos, los Rivas Panedas; estaban también César A. Comet, Jaime Ibarra... Todos estos nombres ya son prácticamente desconocidos. También incluyo a César González Ruano, que luego fue crítico famoso y que entonces era seguidor de Cansinos. Pero en la época en la que yo me acerqué, todo aquello era ya casi nostalgia, nostalgia de un tiempo inmediatamente anterior, porque se hablaba de un logro, de algo ya realizado, se hablaba de Borges, que había desaparecido de la escena hacía tiempo. De todos esos movimientos de vanguardia, uno de sus tres fundadores, Gerardo Diego, estaba participando en unas nuevas corrientes que venían. Y aquí quiero referirme a

uno de los lemas de este congreso, «tradición y vanguardia», porque yo diría mejor «vanguardia y tradición». En realidad, la tradición vino a incorporarse a la vanguardia, a fundirse con la vanguardia. Creo que la figura de Gerardo Diego representa muy bien esa fusión, o quizás esa coexistencia de lo vanguardista con lo tradicional. Lo mismo ocurre con Federico García Lorca, que escribe el *Romancero gitano* y *Poeta en Nueva York*; y no digamos con Rafael Alberti, que puede dirigirse más hacia lo tradicional o más hacia la vanguardia.

Pues bien, ese es el momento en el que yo me asomé a las letras, cuando las innovaciones vanguardistas eran una adquisición definitiva. Yo me sumé al movimiento junto a otros escritores en prosa. Los años de vanguardia se superaron, se absorbieron, están presentes en toda nuestra producción posterior. Pero no quiero cansar demasiado. Esto debe ser un diálogo y no otra cosa, así que por el momento no voy a decir más.

Luis García Montero: Dentro de aquella época, otro de los puntos claves, que siempre surgen como referencia obligada, es la Residencia de Estudiantes, lugar de encuentro y de animación cultural, tanto por los residentes como por los amigos o los maestros que iban allí diariamente, aunque tuviesen otro domicilio en Madrid. A mí me gustaría que José Bello evocase en lo posible la vida de la Residencia, sus relaciones de amistad con Buñuel, Dalí, García Lorca...

José Bello: Yo estudié allí el bachillerato y la carrera de medicina. En ese momento coincidí quizá con el instante más crucial de la Residencia, porque es la época de Federico García Lorca, Salvador Dalí y Luis Buñuel. Y, por si fuera poco, la presencia diaria de Rafael Alberti, que no era residente, pero que vivía en una casa muy próxima y venía a diario. Tanto es así que mucha gente considera que Rafael fue residente; no lo fue, pero era un visitante impenitente.

En esa época yo conocí a todos esos personajes que he dicho, más todos los que venían de un modo regular, aunque no con la frecuencia de Rafael Alberti. Recuerdo a Dámaso Alonso, a Jorge Guillén, y a personas de otra generación, como Azaña, como Juan Ramón Jiménez... Así es que yo tengo una experiencia particular y amistosa, no de escritor profesional, sino de joven que convive con una serie de gente importante y que se forma junto a ella. La vida en la Residencia era agradabilísima. Se han comentado muchas veces las gamberradas que hacíamos, pero todo eso es mentira. Las gamberradas eran propias de los colegios de curas, donde existía una disciplina estricta; no, en cambio, en la Residencia, donde teníamos una libertad absoluta y no necesitábamos acudir a esos recursos tan decimonónicos, sino que nos divertíamos con lecturas, con viajes, con bromas...

En esa época es cuando Federico García Lorca empieza a destaparse, cuando escribe su *Mariana Pineda*. En ese momento Rafael Alberti gana el Premio Nacional y publica su primer libro. Yo deseo que ustedes me pregunten, que ustedes intervengan, pues para eso estamos en una mesa redonda.

Luis García Montero: Rosa Chacel ha afirmado alguna vez que lo que mejor condensa el espíritu de aquella generación es el poema «Carta abierta» de Rafael Alberti, incluido en el libro *Cal y canto*. ¿Qué espíritu de época tuvieron en común los novelistas y los poetas españoles de los años veinte? ¿Cuál es la experiencia personal de Rosa Chacel al acercarse a la literatura?

Rosa Chacel: Evocar no es mi estilo. Yo no he vivido ese principio de la generación, porque en el año 1922 me fui a Roma y estuve seis años fuera de España. Por tanto, no he vivido con mis colegas el principio de mi juventud. Yo me fui habiendo publicado solamente una notita insignificante en la revista *Ultra*. En aquel momento claro que me consideraba *ultra*, pero no había vivido el comienzo de las alteraciones literarias.

Regresé de Roma a finales de 1927, de modo que llegué en el apogeo de la rehabilitación de Góngora. Ahí fue donde comprendí todo lo que pasaba. Además, en esos seis años que permanecí en Roma, yo había hecho una cosa, lo que habían hecho todos en España: comprender a Ortega. En España yo lo desconocía totalmente, pero en Roma me puse a estudiar a Ortega, lo comprendí y volví con todas sus teorías sobre la novela, la literatura... Asumí enteramente el movimiento de rehabilitación de Góngora, en fin, todo lo que había en ese momento. Eso me lo tomé con la más absoluta seriedad y para siempre, como una especie de profesión de fe. Ese fue el principio de nuestra literatura. Prosistas éramos poquísimos. Había unos cuantos brillantes, como por ejemplo Francisco Ayala, que era un chico monísimo, encantador, en aquel tiempo. Mi marido, Timoteo Pérez Rubio, quiso hacerle un retrato de tan guapo que era, realmente parecía un Goya. Y nos metimos en eso; él era el que se metió más profundamente en eso, aunque luego cambió. Yo me quedé en aquello y he conseguido hacer una obra que no sé si vale o no vale, pero que sigue fiel al espíritu de aquella época, exactamente algo que pretendí hacer.

La poesía de Rafael Alberti es una parte fundamental de aquella época. Esa «Carta» admirable es el manifiesto de aquella época. Como nadie se manifestó lo suficiente, la cosa se quedó en «Carta», un poema precioso. Lo conoce todo el mundo:

Yo nací —¡respetadme!— con el cine.
Bajo una red de cables y de aviones.
Cuando abolidas fueron las carrozas
de los reyes y al auto subió el Papa.